

GUIA DE FILOSOFÍA CUARTO MEDIO MES AGOSTO- SEPTIEMBRE

OBJETIVOS:

OA HABILIDADES: *Formular preguntas significativas. *Analizar y fundamentar. * Participar en diálogos. *Elaborar visiones personales.

OA 5: Evaluar el impacto de las ideas filosóficas relacionadas con la ontología, la epistemología y la ética en cuestiones actuales de la cultura, el mundo laboral, la tecnología, la política, las artes, utilizando diferentes formas de expresión y representación de ideas.

Instrucciones: Lea el siguiente texto y responda las preguntas

Preguntas Empíricas, Formales y Filosóficas

Todas las ciencias comienzan su trabajo de investigación y reflexión a partir de preguntas: hay algo que no sabemos y que nos interesa saber. Las diferentes disciplinas científicas se formulan diferentes tipos de preguntas, según el objeto de su estudio.

Hay ciencias que buscan explicar los fenómenos de la naturaleza o cómo crear instrumentos tecnológicos o cómo sanar enfermedades. Las preguntas que dan origen a la investigación o trabajo en estas ciencias se llaman **preguntas empíricas**, pues se refieren a situaciones que conocemos por medio de la experiencia ("empiría" en griego significa experiencia).

Las ciencias empíricas responden a preguntas como ¿a qué temperatura se dilatan los metales?; ¿Cuál es la estructura de la célula?; ¿por qué se producen las lluvias?

Otras ciencias tienen su ámbito de estudio en las relaciones matemáticas o lógicas. Para ello no necesitan utilizar la experiencia en el curso de su trabajo: la geometría, el álgebra, la lógica. Ellas responden a las preguntas tales como ¿cuáles son las condiciones de validez de un razonamiento?; ¿cuál es la fórmula para resolver el cuadrado del binomio?; ¿cuánto suman los ángulos interiores de un triángulo? Estas preguntas se llaman **preguntas formales** y se diferencian de las empíricas en que no consideran la experiencia para formular su respuesta.

Hay otro dominio del conocimiento que no considera la experiencia medible y experimentable de las ciencias empíricas ni las relaciones lógicas entre conceptos o cantidades. Éste es el campo del conocimiento filosófico, cuyas preguntas se refieren a la naturaleza de las cosas en general (no de la célula, del carnívoro o de la planta, sino del ser: del ser en cuanto ser, no en cuanto árbol, planta o piedra). Se pregunta también sobre el sentido de la vida humana, sobre el alcance del conocimiento, sobre los principios fundamentales de la moral, sobre la naturaleza de la belleza. Son las **preguntas filosóficas**. Los grandes dominios de las preguntas -la Filosofía no es tanto una búsqueda de respuestas como de preguntas- son los siguientes:

- La pregunta por el ser, por la existencia, por el sentido y causa del existir del cosmos, los hombres. Los insectos, el arte, las estrellas... ¿por qué están ahí? ¿En qué consiste el misterio de la existencia? Es el dominio de la **Metafísica**.
- La pregunta por el sentido de nuestro actuar ¿por qué sentimos o pensamos que nuestras acciones son buenas o malas? ¿Por qué no actuamos, sin más, directamente, como los animales? ¿Por qué asignamos cualidad moral a nuestras acciones? Es el dominio de la **Ética**.
- ¿Por qué decimos de ciertas cosas que son bellas o feas? ¿Por qué eso que llamamos "belleza", nos modifica, causa efectos en nosotros? ¿Qué es la belleza? ¿Existe en sí, o es una cualidad que nosotros asignamos a las cosas? Es el dominio de la **Estética**.
- ¿Por qué los grupos humanos evolucionan de unos estados a otros? ¿Por qué cambian las culturas? ¿Por qué cambian las costumbres, las creencias? ¿En qué consiste el fenómeno humano? ¿Cuál es el ser del hombre? Es el dominio de la **Antropología Filosófica**.
- ¿Cuáles son los mecanismos y normas que rigen el pensamiento y que nos permiten llegar a conocimientos o conclusiones verdaderas, válidas o ciertas? Este es el dominio de la **Lógica**.
- ¿Por qué nuestro conocimiento está sujeto a errores? ¿Cuáles son los fundamentos de nuestras certezas? ¿Sobre qué verdades se sostienen las ciencias? ¿Cuáles son los métodos que las ciencias emplean? ¿Son ellos válidos y suficientes para llegar a la verdad? Es el dominio de la **Epistemología**.

Preguntas empíricas

- ✓ Apuntan a la experiencia (sentido, percepción) y de lo que ella se aprende.
- ✓ Cuando las preguntas están bien definidas tienen una sola respuesta.

Preguntas formales

- ✓ Apuntan a la razón, a lo conceptual, especialmente a la correcta aplicación de reglas abstractas.
- ✓ Cuando las preguntas están bien definidas tienen una sola respuesta.

Preguntas filosóficas.

- ✓ Apuntan a la esencia de los seres, ya sean concretos o abstractos.
- ✓ No se basan solo en la razón aplicada a reglas, ni en la experiencia, ni en argumentos de autoridad, o en argumentos que descalifican a las personas.
- ✓ Para propósitos filosóficos existe un rango abierto, pero acotado de respuestas que son igualmente valiosas y dignas de respeto (más de una respuesta correcta) en la medida en que tengan fundamentos consistentes y coherencia argumental.

- ❖ Clasifique las siguientes preguntas en empíricas, formales o filosóficas. Justifique su clasificación brevemente.

a) ¿Cómo se mueve el caballo en ajedrez?

b) ¿Qué es la felicidad?

c) ¿Cuántos basureros hay en el patio rojo del L.I.C.?

d) ¿Puede una persona tener el mismo número de abuelos que de bisabuelos?

e) ¿Cómo se mueven las piezas en el juego de las damas?

f) ¿Está lloviendo hoy en Cauquenes?

g) ¿Qué es el tiempo?

h) ¿Llevan tilde las palabras sobresdrújulas?

i) ¿Cuál es el sentido de la vida?

j) ¿Cuánto es $\sqrt{81}$?

La filosofía y el sentido de la vida

Si bien lo que interesa en las preguntas empíricas y las formales es encontrar la única respuesta correcta a cada una de ellas, la situación es distinta respecto de las preguntas filosóficas, en ellas interesa conocer una diversidad de respuestas que son por igual inteligibles, que han sido defendidas racionalmente y que, en ocasiones, llegan a contradecirse sin perder por ello el respeto mutuo. Por ejemplo, a la pregunta: **¿Qué es el tiempo?** **Platón** responde que éste es “la imagen móvil de lo eterno”, mientras **Aristóteles** afirma que: “es el número (la medida) del movimiento según el antes y el después (lo anterior y lo posterior)” y **Kant**, por su parte, sostiene que el tiempo es “una intuición a priori”, todas respuestas entendibles como parte de sus respectivas filosofías.

Por lo tanto entenderemos a la **filosofía** como una **pluralidad abierta pero acotada de visiones globales del mundo** y del conocimiento que **dan sentido a la vida humana** tanto internamente como en diálogo unas con otras.

“Sentido y sin sentido”

Entre las varias acepciones de “sentido” hay una que claramente se aparta de las demás; según ella el sentido es la dirección de algo, su orientación hacia [...] “El camino tiene un sentido norte-sur”. “El tráfico de la avenida discurre en dos sentidos”. “Caerse de un balcón es moverse en sentido vertical”. Esa aplicación de “sentido” como “hacia donde”, no tiene un “sentido” como su contrario. Lo que se opone a este uso es, más bien, lo que carece de dirección o de orientación; a veces, es lo inmóvil literal o metafóricamente. Aunque este significado del término es antiguo y muy interesante, no lo consideramos aquí, para volver a ocuparnos del par “sentido-sin sentido”.

Las varias acepciones de estos contrarios en el lenguaje ordinario tienen en común que se mueven en las proximidades de los términos “valor” y “desvalor”, “importante” y “carente de importancia”. A menudo se los puede reemplazar por estos últimos términos. Afirmar de una acción que no tiene sentido muchas veces quiere decir que da lo mismo llevarla a cabo o no, que no cuenta para [...], o es indiferente. Este uso se conecta con el mencionado antes: “sentido” como dirección, propósito o meta. Lo que posee una dirección hacia un fin posee el carácter de un movimiento dirigido hacia un logro o resultado. El valor de la actividad o del proceso depende de que se cumpla su para qué, de que alcance el propósito que los animaba. Lo que carece de para qué, en cambio, es pobre no sólo en resultados finales, sino que carece también de importancia porque no conduce a nada. Es obvio que entre estos varios usos de “sentido” y “sin sentido” en el lenguaje de todos los días hay varios desplazamientos semánticos y contaminaciones de unos significados con otros. Observar sus relaciones internas no autoriza a sostener que en sus acepciones ordinarias “sentido” significa siempre una y la misma cosa.

Carla Cordua. “Sentido y sin sentido”. En su Impresiones y Ocurrencias (Ril, Santiago de Chile, 2001).

❖ Defina el concepto sentido “sentido” según el texto

El saber y el sabor

Vivir es, ante todo, encontrarle a la vida dos cosas: sentido y gusto. Es decir, hay que vivir con saber y con sabor y corremos el peligro de que nuestra sociedad esté perdiendo ambas. Porque una cosa es vivir y otra pasar por la vida. Si logramos encontrarle sentido a nuestra vida, pero no encontramos gusto, viviremos densamente, pero tristes. Si vivimos nuestra vida con gusto, pero sin encontrarle un sentido hondo, un porqué profundo, viviremos alegres pero vacíos por eso, cuando logramos vivir al mismo tiempo con sentido y gusto, con saber y con sabor empezamos a vivir en plenitud, empezamos a ser personas.

Uno llega a ser persona cuando ha logrado solucionar por qué y cómo de su vida.

- Vivir con saber es vivir con sentido, saber por qué se vive.
- Vivir con sabor es vivir con gusto, encontrar como hay que vivir.

Textos para oración y reflexión, Florencio Segura

- ❖ Realiza una lista con, a lo menos, cinco elementos, acciones y/o situaciones, que le dan sabor y sentido a la vida y cinco, que le den sabor y sentido a tu vida.

- Sentido a la vida:

- Sentido a tu vida:

Sentido de la vida humana

Un día como tantos, cuando debatíamos con mis alumnos el tema de la guerra, una pregunta formulada por uno de ellos dividió a la clase en dos: “Ante tanto horror, ¿qué sentido tiene la vida para usted profesor?”.

¡Nunca me había encontrado con una pregunta semejante dentro del aula! El sentido de la vida es quizás el enigma más difícil de resolver con el cuál se encuentran los filósofos y todo ser humano. No podemos eludir la pregunta por el sentido de la vida, y de la respuesta que le demos dependerá, en gran medida, el grado de realización que alcancemos.

Todos los días me encuentro con jóvenes que se sienten presionados por sus padres para seguir carreras universitarias que -supuestamente- los llevarán en el futuro, un aceptable nivel de bienestar. “La prioridad es que estés muy bien económicamente”. Y les cuesta mucho desprenderse de ese mandato paterno, darse cuenta de que en la vida no solo es valioso estudiar para acumular dinero, que también es importante disfrutar lo que se hace, realizar una tarea solidaria etc. “¿Por qué pierdes tiempo en eso?”, es el reproche reiterado de los padres.

Me da la impresión de que el sistema educativo está cayendo en el mismo error. Los alumnos lo perciben constantemente, conviven día a día con este mensaje: “hijo, lo importante en la vida es llegar a tener una linda casa, un lindo auto, un estatus elevado dentro de la sociedad y tener dos hijos (no más) para experimentar la linda sensación de ser padres”. Esta reducción de expectativas es producto de la caída de los grandes ideales de la Modernidad, de la pérdida de la confianza en el progreso indefinido de la humanidad, de los duros golpes asestados durante el siglo XX contra ese optimismo ingenuo.

Llegamos así a dejar de lado la “humanidad” y a usar frecuentemente la palabra “individuo”. El sentido de la vida se redujo a vivir el instante presente disfrutándolo todo lo posible. Hemos perdido la conciencia de pueblo. Todo se ha reducido al placer fugaz e individual, al bienestar de la vida privada.

Para conseguir el bienestar hay que competir, no quedarse fuera de esa loca carrera. La escuela y la televisión preparan al niño para la competencia, enseñándole a valorar el triunfo sobre sus compañeros, “ser el primero”, “ser el mejor”. Esta es hoy la piedra angular de la educación: individualismo y competencia. Y terminamos generando una gran confusión en nuestros niños y adolescentes, al pretender formarlos simultáneamente en el bien común y en el individualismo, en la solidaridad y el desenfreno, en la búsqueda de éxito y el altruismo. Lo que enseñamos con las palabras en casa o en el aula lo borramos con nuestros actos, y estas contradicciones los chicos las perciben claramente.

- ❖ ¿Cuál es la crítica que hace el autor en relación al sentido de la vida? ¿Está de acuerdo con ello? Fundamente su respuesta dando, a lo menos, dos argumentos.

Nos preguntamos por el sentido de la vida cuando se nos plantean problemas en ella, o mejor dicho, cuando se nos presentan ciertos sinsentidos, por ejemplo, la muerte, el suicidio, la existencia del mal etc. También, cuando nos sentimos desorientados, cuando no sabemos a dónde vamos ni sabemos dónde se dirigen las tareas que la vida nos impone, entonces la pregunta se torna vital y a diferencia de las otras preguntas filosóficas se exige una respuesta práctica.

Para la filosofía el hombre es en esencia un indagador del sentido, más aún su vocación en el mundo es la clarificación de este sentido. Pero el término sentido tiene muchas acepciones. Así, puede entenderse como **dirección** hacia dónde vamos, como **interpretación** de lo que somos, como **intencionalidad**, como **razón de ser**, como **significación**, como **finalidad**, entre otras acepciones.

La pregunta por el sentido de la vida es una pregunta filosófica porque busca una explicación racional a nuestras limitaciones existenciales, pero es también una pregunta vital, porque nos afecta en lo más profundo de nuestro ser y por lo mismo no puede dejarnos indiferentes. Es una pregunta, que como en ninguna otra, estamos doblemente implicados. La pregunta además se plantea ante la evidencia de nuestra finitud, es decir, de la muerte que nos espera al final tanto de la vida individual como de la social. Pues no sólo el individuo desaparece sino incluso los imperios han desaparecido a lo largo de la historia. Pero si todo está abocado a sucumbir, ¿por qué y para qué existe?

¿Tiene sentido la vida o se lo damos nosotros? Respondiendo que: sí, la vida tiene sentido estamos afirmando que ésta tiene un sentido objetivo, externo a nosotros, dotando de dirección, significación y finalidad al mundo. Respondiendo que: no, afirmamos que su sentido sería precisamente el que nosotros le diéramos con nuestros proyectos, actos y valores, ordenados según nuestros intereses hasta conseguir que todo tenga algún sentido para nosotros. Tal es el sentido subjetivo.

Reflexiona en forma personal: ¿Cuál es el sentido de la vida? ¿Cuál es el sentido de mi vida?

EPISTEMOLOGÍA

Proviene del griego ἐπιστήμη = epistémē, que significa: conocimiento, saber, ciencia, y λόγος logos que suele traducirse por: tratado, teoría, estudio... Así entonces etimológicamente significaría algo así como teoría del conocimiento.

Rama de la filosofía cuyo objetivo de estudio es el conocimiento, se preocupa de cosas como las circunstancias que llevan a la obtención de este conocimiento, y los criterios por los cuales se justifica o invalida el conocimiento. En la antigua Grecia el tipo de conocimiento llamado episteme se oponía al conocimiento denominado doxa, conocimiento vulgar u ordinario del hombre, no sometido a una rigurosa reflexión crítica. Se consideraba a la episteme como el conocimiento reflexivo elaborado con rigor.

La Epistemología, llamada también Teoría del Conocimiento, se plantea las siguientes preguntas:

¿Qué significa conocer? ¿Qué podemos conocer?, ¿Cómo conocemos?, ¿Cuál es la validez de nuestro conocimiento?

Respecto del problema epistemológico acerca de qué significa conocer contrastaremos la visión global del Racionalismo en la versión de Descartes con aquella del Empirismo en la versión de Locke.

1. Investigar y definir el Racionalismo identificando sus principales características incluyendo las “Ideas Innatas”.
2. Investigar y describir biografía de René Descartes, incluyendo su método utilizado.

PRIMERA MEDITACIÓN METAFÍSICA DE LAS COSAS QUE PUEDEN PONERSE EN DUDA

He advertido hace ya algún tiempo que, desde mi más temprana edad, había admitido como verdaderas muchas opiniones falsas, y que lo edificado después sobre cimientos tan poco sólidos tenía que ser por fuerza muy dudoso e incierto; de suerte que me era preciso emprender seriamente, una vez en la vida, la tarea de deshacerme de todas las opiniones a las que hasta entonces había dado crédito, y empezar todo de nuevo desde los fundamentos, si quería establecer algo firme y constante en las ciencias. Mas pareciéndome ardua dicha empresa, he aguardado hasta alcanzar una edad lo bastante madura como para no poder esperar que haya otra, tras ella, más apta para la ejecución de mi propósito; y por ello lo he diferido tanto, que a partir de ahora me sentiría culpable si gastase en deliberaciones el tiempo que me queda para obrar. Así pues, ahora que mi espíritu está libre de todo cuidado, habiéndome procurado reposo seguro en una apacible soledad, me aplicaré seriamente y con libertad a destruir en general todas mis antiguas opiniones. Ahora bien, para cumplir tal designio, no me será necesario probar que son todas falsas, lo que acaso no conseguiría nunca; sino que, por cuanto la razón me persuade desde el principio para que no dé más crédito a las cosas no enteramente ciertas e indudables que a las manifiestamente falsas, me bastará para rechazarlas todas con encontrar en cada una el más pequeño motivo de duda. Y para eso tampoco hará falta que examine todas y cada una en particular, pues sería un trabajo infinito; sino que, por cuanto la ruina de los cimientos lleva necesariamente consigo la de todo el edificio, me dirigiré en principio contra los fundamentos mismos en que se apoyaban todas mis opiniones antiguas.

Todo lo que he admitido hasta el presente como más seguro y verdadero, lo he aprendido de los sentidos o por los sentidos; ahora bien, he experimentado a veces que tales sentidos me engañaban, y es prudente no fiarse nunca por entero de quienes nos han engañado una vez. Pero, aun dado que los sentidos nos engañan a veces, tocante a cosas mal perceptibles o muy remotas, acaso hallemos otras muchas de las que no podamos razonablemente dudar, aunque las conozcamos por su medio; como, por ejemplo, que estoy aquí, sentado junto al fuego, con una bata puesta y este papel en mis manos, o cosas por el estilo. Y ¿cómo negar que estas manos y este cuerpo sean míos, si no es poniéndome a la altura de esos insensatos, cuyo cerebro está tan turbio y ofuscado por los negros vapores de la bilis, que aseguran constantemente ser reyes siendo muy pobres, ir vestidos de oro y púrpura estando desnudos, o que se imaginan ser cacharros o tener el cuerpo de vidrio? Mas los tales son locos, y yo no lo sería menos si me rigiera por su ejemplo. Con todo, debo considerar aquí que soy hombre y, por consiguiente, que tengo costumbre de dormir y de representarme en sueños las mismas cosas, y a veces cosas menos verosímiles, que esos insensatos cuando están despiertos. ¡Cuántas veces no me habrá ocurrido soñar, por la noche, que estaba aquí mismo, vestido, junto al fuego, estando en realidad desnudo y en la cama! En este momento, estoy seguro de que yo miro este papel con los ojos de la vigilia, de que esta cabeza que muevo no está soñolienta, de que alargo esta mano y la siento de propósito y con plena conciencia: lo que acaece en sueños no me resulta tan claro y distinto como todo esto. Pero, pensándolo mejor, recuerdo haber sido engañado, mientras dormía, por ilusiones semejantes. Y fijándome en este pensamiento, veo de un modo tan manifiesto que no hay indicios concluyentes ni señales que basten a distinguir con claridad el sueño de la vigilia, que acabo atónico, y mi estupor es tal que casi puede persuadirme de que estoy durmiendo.

Así, pues, supongamos ahora que estamos dormidos, y que todas estas particularidades, a saber: que abrimos los ojos, movemos la cabeza, alargamos las manos, no son sino mentirosas ilusiones; y pensemos que, acaso, ni nuestras manos ni todo nuestro cuerpo son tal y como los vemos. Con todo, hay que confesar al menos que las cosas que nos representamos en sueños son como cuadros y pinturas que deben formarse a semejanza de algo real y verdadero; de manera que por lo menos esas cosas generales –a saber: ojos, cabeza, manos, cuerpo entero– no son imaginarias, sino que en verdad existen. Pues los pintores, incluso cuando usan del mayor artificio para representar sirenas y sátiros mediante figuras caprichosas y fuera de lo común, no pueden, sin embargo, atribuirles formas y naturalezas del todo nuevas, y lo que hacen es sólo mezclar y componer partes de diversos animales; y, si llega el caso de que su imaginación sea lo bastante extravagante como para inventar algo tan nuevo que nunca haya sido visto, representándonos así su obra una cosa puramente fingida y absolutamente falsa, con todo, al menos los colores que usan deben ser verdaderos.

Y por igual razón, aun pudiendo ser imaginarias esas cosas generales –a saber: ojos, cabeza, manos y otras semejantes– es preciso confesar, de todos modos, que hay cosas aún más simples y universales realmente existentes, por cuya mezcla, ni más ni menos que por la de algunos colores verdaderos, se forman todas las imágenes de las cosas que residen en nuestro pensamiento, ya sean verdaderas y reales, ya fingidas y fantásticas. De ese género es la naturaleza corpórea en general, y su extensión, así como la figura de las cosas extensas, su cantidad o magnitud, su número, y también el lugar en que están, el tiempo que mide su duración y otras por el estilo. Por lo cual, acaso no sería mala conclusión si dijésemos que la física, la astronomía, la medicina y todas las demás ciencias que dependen de la consideración de cosas compuestas, son muy dudosas e inciertas; pero que la aritmética, la geometría y demás ciencias de este género, que no tratan sino de cosas muy simples y generales, sin ocuparse mucho de si tales cosas existen o no en la naturaleza, contienen algo cierto e indudable. Pues, duerma yo o esté despierto, dos más tres serán siempre cinco, y el cuadrado no tendrá más de cuatro lados; no pareciendo posible que verdades tan patentes puedan ser sospechosas de falsedad o incertidumbre alguna.

Y, sin embargo, hace tiempo que tengo en mi espíritu cierta opinión, según la cual hay un Dios que todo lo puede, por quien he sido creado tal como soy. Pues bien: ¿quién me asegura que el tal Dios no haya procedido de manera que no exista figura, ni magnitud, ni lugar, pero a la vez de modo que yo, no obstante, sí tenga la impresión de que todo eso existe tal y como lo veo? Y más aún: así como yo pienso, a veces, que los demás se engañan, hasta en las cosas que creen saber con más certeza, podría ocurrir que Dios haya querido que me engañe cuantas veces sumo dos más tres, o cuando enumero los lados de un cuadrado, o cuando juzgo de cosas aún más fáciles que éstas, si es que son siquiera imaginables. Es posible que Dios no haya querido que yo sea burlado así, pues se dice de Él que es la suprema bondad. Con todo, si el crearme de tal modo que yo siempre me engañase repugnaría a su bondad, también parecería del todo contrario a esa bondad el que permita que me engañe alguna vez, y esto último lo ha permitido, sin duda. Habrá personas que quizá prefieran, llegados a este punto, negar la existencia de un Dios tan poderoso, a creer que todas las demás cosas son inciertas; no les objetemos nada por el momento, y supongamos, en favor suyo, que todo cuanto se ha dicho aquí de Dios es pura fábula; con todo, de cualquier manera que supongan haber llegado yo al estado y ser que poseo –ya lo atribuyan al destino o la fatalidad, ya al azar, ya en una enlazada secuencia de las cosas– será en cualquier caso cierto que, pues errar y equivocarse es una imperfección, cuanto menos poderoso sea el autor que atribuyan a mi origen, tanto más probable será que yo sea tan imperfecto, que siempre me engañe.

A tales razonamientos nada en absoluto tengo que oponer, sino que me constriñen a confesar que, de todas las opiniones a las que había dado crédito en otro tiempo como verdaderas, no hay una sola de la que no pueda dudar ahora, y ello no por descuido o ligereza, sino en virtud de argumentos muy fuertes y maduramente meditados; de tal suerte que, en adelante, debo suspender mi juicio acerca de dichos pensamientos, y no concederles más crédito del que daría a cosas manifiestamente falsas, si es que quiero hallar algo constante y seguro en las ciencias. Pero no basta con haber hecho esas observaciones, sino que debo procurar recordarlas, pues aquellas viejas y ordinarias opiniones vuelven con frecuencia a invadir mis pensamientos, arrogándose sobre mi espíritu el derecho de ocupación que les confiere el largo y familiar uso que han hecho de él, de modo que, aun sin mi permiso, son ya casi dueñas de mis creencias. Y nunca perderé la costumbre de otorgarles mi aquiescencia y confianza, mientras las considere tal como en efecto son, a saber: en cierto modo dudosas –como acabo de mostrar–, y con todo muy probables, de suerte que hay más razón para creer en ellas que para negarlas. Por ello pienso que sería conveniente seguir deliberadamente un proceder contrario, y emplear todas mis fuerzas en engañarme a mí mismo, fingiendo que todas esas opiniones son falsas e imaginarias; hasta que, habiendo equilibrado el peso de mis prejuicios de suerte que no puedan inclinar mi opinión de un lado ni de otro, ya no sean dueños de mi juicio los malos hábitos que lo desvían del camino recto que puede conducirlo al conocimiento de la verdad. Pues estoy seguro de que, entretanto, no puede haber peligro ni error en ese modo de proceder, y de que nunca será demasiada mi presente desconfianza, puesto que ahora no se trata de obrar, sino sólo de meditar y conocer. Así pues, supondré que hay, no un verdadero Dios –que es fuente suprema de verdad–, sino cierto genio maligno, no menos artero y engañador que poderoso, el cual ha usado de toda su industria para engañarme.

Pensaré que el cielo, el aire, la tierra, los colores, las figuras, los sonidos y las demás cosas exteriores, no son sino ilusiones y ensueños, de los que él se sirve para atrapar mi credulidad. Me consideraré a mí mismo como sin manos, sin ojos, sin carne, ni sangre, sin sentido alguno, y creyendo falsamente que tengo todo eso. Permaneceré obstinadamente fijo en ese pensamiento, y, si, por dicho medio, no me es posible llegar al conocimiento de alguna verdad, al menos está en mi mano suspender el juicio. Por ello, tendré sumo cuidado en no dar crédito a ninguna falsedad, y dispondré tan bien mi espíritu contra las malas artes de ese gran engañador que, por muy poderoso y astuto que sea, nunca podrá imponerme nada. Pero un designio tal es arduo y penoso, y cierta desidia me arrastra insensiblemente hacia mi manera ordinaria de vivir; y, como un esclavo que goza en sueños de una libertad imaginaria, en cuanto empieza a sospechar que su libertad no es sino un sueño, teme despertar y conspira con esas gratas ilusiones para gozar más largamente de su engaño, así yo recaigo insensiblemente en mis antiguas opiniones, y temo salir de mi modorra, por miedo a que las trabajosas vigiliias que habrían de suceder a la tranquilidad de mi reposo, en vez de procurarme alguna luz para conocer la verdad, no sean bastantes a iluminar por entero las tinieblas de las dificultades que acabo de promover.

René Descartes

EPISTEMOLOGÍA
EXPERIENCIA Y CONOCIMIENTO
JOHN LOCKE

Antes de leer el texto del filósofo John Locke, realiza las siguientes actividades:

1. Investigar y definir el Empirismo identificando sus principales características.
2. Investigar y describir biografía de John Locke.

1. La idea es el objeto del pensamiento. Puesto que todo hombre es consciente para sí mismo de que piensa, y siendo aquello en que su mente se ocupa, mientras está pensando, las ideas que están allí, no hay duda de que los hombres tienen en su mente varias ideas, tales como las expresadas por las palabras blancura, dureza, dulzura, pensar, moción, hombre, elefante, ejército, ebriedad y otras. Resulta, entonces, que lo primero que debe averiguarse es cómo llega a tenerlas. Ya sé que es doctrina recibida que los hombres tienen ideas innatas y ciertos caracteres originarios impresos en la mente desde el primer momento de su ser. (...)

2. Todas las ideas vienen de la sensación o de la reflexión. Supongamos, entonces, que la mente sea, como se dice, un papel en blanco, limpio de toda inscripción, sin ninguna idea. ¿Cómo llega a tenerlas? ¿De dónde se hace la mente con ese prodigioso cúmulo, que la activa e ilimitada imaginación del hombre ha pintado en ella, en una variedad casi infinita? ¿De dónde saca todo ese material de la razón y del conocimiento? A esto contesto con una sola palabra: de la experiencia; he allí el fundamento de todo nuestro conocimiento, y de allí es de donde en última instancia se deriva. Las observaciones que hacemos acerca de los objetos sensibles externos o acerca de las operaciones internas de nuestra mente, que percibimos, y sobre las cuales reflexionamos nosotros mismos, es lo que provee a nuestro entendimiento de todos los materiales del pensar. Esta son las dos fuentes del conocimiento de donde dimanan todas las ideas que tenemos o que podemos naturalmente tener.

3. Los objetos de la sensación, uno de los orígenes de las ideas. En primer lugar, nuestros sentidos, que tienen trato con objetos sensibles particulares, transmiten respectivas y distintas percepciones de cosas a la mente, según los variados modos en que esos objetos los afectan, y es así como llegamos a poseer esas ideas que tenemos del amarillo, del blanco, del calor, del frío, de lo blando, de lo duro, de lo amargo, de lo dulce, y de todas aquellas que llamamos cualidades sensibles. Cuando digo que eso es lo que los sentidos transmiten a la mente, quiero decir que ellos transmiten desde los objetos externos a la mente lo que en ella produce aquellas percepciones. A esta gran fuente que origina el mayor número de las ideas que tenemos, puesto que dependen totalmente de nuestros sentidos y de ellos son transmitidas al entendimiento, la llamo sensación.

4. Las operaciones de nuestra mente, el otro origen de las ideas. Pero, en segundo lugar, la otra fuente de donde la experiencia provee de ideas al entendimiento es la percepción de las operaciones interiores de nuestra propia mente al estar ocupada en las ideas que tiene; las cuales operaciones, cuando el alma reflexiona sobre ellas y las considera, proveen al entendimiento de otra serie de ideas que no podrían haberse derivado de cosas externas: tales son las ideas de percepción, de pensar, de dudar, de creer, de razonar, de conocer, de querer y de todas las diferentes actividades de nuestras propias mentes, de las cuales, puesto que tenemos de ellas conciencia y podemos observarlas en nosotros mismos, recibimos en nuestro entendimiento ideas tan distintas como recibimos de los cuerpos que afectan a nuestros sentidos. Esta fuente de ideas la tiene todo hombre en sí mismo, y aunque no es un sentido, ya que no tiene nada que ver con objetos externos, con todo se parece mucho y puede llamársele con propiedad sentido interno. Pero, así como a la otra la llamé sensación, a ésta la llamo reflexión, porque las ideas que ofrece son sólo aquellas que la mente consigue al reflexionar sobre sus propias operaciones dentro de sí misma. (...) Estas dos fuentes, digo, a saber: las cosas externas materiales, como objetos de sensación, y las operaciones internas de nuestra propia mente, como objetos de reflexión, son, para mí, los únicos orígenes de donde todas nuestras ideas proceden inicialmente.

J. Locke, Ensayo sobre el entendimiento humano, Fondo de Cultura Económica, Libro II, Capítulo 1.

- ¿De dónde provienen las ideas según Locke? Justifique y ejemplifique
- ¿Cuál de las teorías vistas (Racionalismo y Empirismo) es la más idónea para fundamentar el conocimiento? Justifique con, a lo menos, dos argumentos, y un ejemplo.

